



Antonio de Ciudad Real

“De la cibdad y convento de Mérida de Yucatán, y de algunos frailes que en él están enterrados”

p. 339-344

Antonio de Ciudad Real

Tratado curioso y docto de las grandezas de la Nueva España. Relación breve y verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al padre fray Alonso Ponce en las provincias de la Nueva España siendo comisario general de aquellas partes
Tomo II

Josefina García Quintana y Víctor M. Castillo Farreas (edición, mapas, apéndices, glosarios, índices y estudio)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

1993

484 p.

(Serie Historiadores y Cronistas de Indias 6)

ISBN 968-36-2810-9 (obra completa)

ISBN 968-36-2811-7 (tomo II)

Formato: PDF

Publicado en línea: 23 de noviembre de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/156_02/tratado_curioso.html

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

comisario, regocijándose mucho los unos y los otros con su llegada, que cierto era cosa de admiración muy grande ver que cuanto el virrey y los frailes rebeldes procuraban afrentarle y aniquilarle, tanto y mucho más era honrado y respetado en todas las demás provincias de toda suerte de gente, especial de las cabezas y mayores, y aun lo mesmo era en la de México de todos excepto de los sobredichos.

[CAPÍTULO CXLVII]

De la cibdad y convento de Mérida de Yucatán, y de algunos frailes que en él están enterrados

Es la cibdad de Mérida de Yucatán de trescientos vecinos españoles, de los cuales unos son encomenderos que tienen pueblos de indios en encomienda, otros mercaderes y tratantes, otros son oficiales, y otros cibdadanos que se sustentan de sus haciendas, que son estancias de vacas y yeguas, con algunas de cabras y ovejas, aunque pocos son los que viven de sólo esta granjería. Toda es gente política y bien hablada y tratada, muy devota de nuestro estado, pero no muy rica; las casas casi todas son de cal y canto, y de piedra y barro, con sus azuteas, aunque algunas hay cubiertas de teja, y otras (pero pocas) de paja; moran también en los arrabales muchos indios, así de los mexicanos que vinieron con los españoles cuando la conquista, como de los naturales de la tierra que han sido sus criados y conocidos. En esta cibdad residen de ordinario el obispo y el gobernador, por ser como es el riñón o corazón de toda la provincia, a donde más cómodamente que a otra parte pueden acudir los negocios y pleitos de toda ella, así de indios como de españoles. Está diez leguas de la mar y de un puerto que llaman Cizal, donde descargan las mercaderías que van de España y muchas de las que llevan de México, y de allí las llevan en carretas y arrias a Mérida, la cual en la lengua de los indios se llama Tihó porque está fundada en un asiento de un pueblo antiguo deste nombre. Vase haciendo en Mérida la iglesia catedral, la cual dicen que será de las buenas de toda la Nueva España; va muy fuerte, de tres naves de cal y canto de bóvedas labradas de lazos sobre pilares de sillería, con sus capillas a los lados, con dos torres muy altas, fuertes y vistosas; éstas estaban ya entonces acabadas y las dos naves de los lados, y faltaba por cerrar la de en medio. Por no estar acabada esta iglesia, se juntaban los españoles a misa y sermón y a los oficios divinos, a otra iglesia vieja,

hecha de prestado, cubierta de paja, y ésta era entonces la catedral, pero no tenían en ella el santísimo sacramento por el peligro del fuego, sino en otra iglesia de bóveda muy fuerte que se había hecho para monasterio de monjas, cuyos aposentos (porque aún no había ninguna monja) servían de hospital en que se curaban los españoles pobres y enfermos; sin estas iglesias hay algunas ermitas pobres de los indios y hay casas episcopales.

En la comarca de aquella cibdad hay muchas sabanas y dehesas, y en ellas pobladas muchas estancias de ganado mayor y menor, porque para todo hay pastos, y para abrevarlo tienen hechos pozos y pilas muy grandes, y sacan el agua con anorias.

Nuestro convento está pegado con la misma cibdad, puesto sobre un *ku* o *mul* antiguo, y aun edificada parte de él sobre los mismos edificios viejos de los indios antiguos. Todo él está labrado de cal y canto, con su claustro alto y bajo, dormitorios y celdas; hay en él una buena huerta, en que se dan muchas naranjas, limas y limones, plátanos, aguacates, zapotes y chicozapotes, zulumuyes, pitahayas, guayabas, dátiles y mameyes de Santo Domingo; hay también algunos cañafístolos, los cuales, aunque llevan flor de que se hace cierta conserva, que sirve de purga delicada, nunca han cuajado la caña; todo esto y la hortaliza se riega con agua que se saca de una anoria.

Tiene aquel convento una iglesia de bóveda de un cañón, con su arco toral y capilla mayor, labrada de lazos de cantería, y en esta capilla están colgadas y se guardan las banderas que metieron los españoles en aquella provincia cuando la conquistaron.

En esta misma capilla están enterrados casi todos los frailes que han muerto en aquella provincia, porque por ser aquel convento el principal y la cabeza de todos los demás, y donde de ordinario se tienen los capítulos, juntas y congregaciones y estar la enfermería de toda la provincia, van allí todos a curarse, y así, los más que mueren, mueren en aquella casa. Entre los muchos que están allí enterrados hay tres más particulares y señalados, por haber sido grandes siervos de Dios, de gran vida y ejemplo, de cada uno de los cuales se dirán aquí dos palabras para gloria y honra de Dios y edificación de los que las leyeren; y primeramente se tratará del santo obispo don fray Diego de Landa.

De fray Diego de Landa

En la capilla mayor del convento sobredicho de la cibdad de Mérida, junto al altar mayor, al lado del evangelio, está enterrado el buen obispo fray Diego de Landa, de cuya vida y santidad había mucho qué decir,

pero por no ser deste lugar, bastará apuntar así de paso algunas cosillas, en que se descubre bien quién fue, y su valor, pecho y constancia, y el celo que tuvo de la conversión de los indios, y lo mucho que trabajó y padeció por ellos y por destruir sus idolatrías. Fue este santo varón de la provincia de Castilla, de la villa de Cifuentes, bien nacido de padres nobles, y pasó a Yucatán siendo sacerdote mozo, poco después de conquistar aquella tierra. Aprendió presto y muy bien la lengua de los naturales, no sin particular auxilio de Dios, y como entonces había muy pocos religiosos, y los indios aún no estaban acabados de allanar y pacificar, fue excesivo el trabajo que tuvo en ayudarlos a quietar con un celo grandísimo de su bien y salvación, y con un espíritu muy encendido, y ánimo intrépido y incansable; discurriendo a pie por todas partes, a doctrinarlos y administrarles los santos sacramentos, y enseñarles policía, juntándolos en pueblos y haciéndoles iglesias adonde acudiesen a misa y sermón, y a encomendarse a Dios, que muy poco de todo esto se había hecho hasta entonces en aquella tierra, porque todo había sido guerras, y repartirla y señalar los tributos. Amaba tiernamente a los indios, como si adivinara que había de ser su prelado y pastor, como después lo fue, y por volver por ellos, y que los relevasen del demasiado tributo que les imponían, fue una o dos veces a Guatemala, adonde entonces estaba sujeta aquella provincia, y aun padeció muchas persecuciones, porque hasta que murió fue siempre su patrón, defensor y amparo, y por esto los indios le querían y amaban mucho; con todo esto, castigaba con rigor a los que no querían andar por el camino verdadero, especialmente a los idólatras, cuyo acérrimo perseguidor era.

Vivió siempre una vida muy concertada, y tuvo en ella, en todo lo que era virtud, un peso y constancia tan rara, que no bastaron los ímpetus de las persecuciones, ni la ocupación tan grande y tan continua con los indios, ni después la dignidad episcopal, para desquiciarle ni apartarle de su recogimiento y religión y vida de fraile de San Francisco, antes siempre iba creciendo de bien en mejor. Fue siempre muy pobre, así fraile como obispo, y con la pobreza de su obispado remediaba muchas necesidades de huérfanas y viudas y otros pobres, y lo que los indios le daban cuando los visitaba, o cuando ellos le venían a ver y hablar, repartíalo luego el santo obispo a otros menesterosos, y nunca despidió pobre ninguno sin darle limosna. Vivía siendo obispo con tanta llaneza, que demás de su notario no traía en las visitas más que a un solo fraile lego, por compañero, y a un pajecillo que le servía, y así en nada era penoso a los indios, antes cuando le traían a confirmar algunos, y no tenían candelas qué ofrecer, él se le las daba, y nunca reparó en si los indios ofrecían

o no; y aunque era tan llano, como dicho es, cuando era menester castigar algún pecado, y remediar algún vicio, y para defender la autoridad y libertad de su iglesia, mostraba y tenía la gravedad, brío y ánimo de los obispos de la primitiva iglesia, a los cuales en todo se parecía este siervo de Dios. Era muy austero y penitente, y castigaba su cuerpo con asperezas y disciplinas, lo cual guardó hasta que pasó desta vida, que aun entonces le hallaron ceñido a las carnes un cilicio de cerdas gruesas y ásperas, siendo como era ya viejo y estando lleno de enfermedades. Morando en el convento de Itzmal, antes que fuese obispo, y estando solo, sin compañero, porque entonces había pocos frailes, un español poco devoto que estaba en aquel pueblo entró con mal ánimo dentro del convento sin que nadie le viese, y estando escondido de día, por no ser visto, salía de noche y acechaba al buen fraile para ver lo que hacía, y si tenía algunos ruines tratos; que por ventura por su corazón quería él juzgar el ajeno, o como dice el otro refrán, piensa el ladrón que todos son de su condición; pero viendo este español el concierto y orden de su vida, y cómo (aunque estaba solo) acudía siempre al coro, a pagar el oficio divino, y a la oración y meditación, y que cada noche hacía disciplina, quedó confuso, y confesando después su malicia, publicaba mil bienes del buen fraile; y desde entonces fue muy aficionado y devoto de la orden, y de los religiosos della.

Siendo provincial este varón apostólico de aquella provincia de Yucatán (con la autoridad apostólica que tenía por el breve de Adriano, por no haber en ella obispo, que hasta entonces no había venido ninguno), descubrió y sacó muchos ídolos entre los indios bautizados, y castigó los que los tenían, que fueron muchos entre principales y no principales; por lo cual, en lugar de darle gracias y ayudarle en tan buena obra, se indignaron contra él algunos españoles de tal suerte que, llegado el primer obispo, que también era fraile nuestro, le persuadieron con relaciones siniestras a que hiciese información contra él sobre aquellos castigos, y hecha se envió a España, al rey y a su Consejo, el cual envió por él para que fuese castigado por lo que le acumulaban. El fray Diego de Landa se fue a España antes que le llegase aquel mandato, y después de haber padecido muchos trabajos y persecuciones, y sido reprehendido por los del Consejo, se entregó el proceso a la orden, diciendo los oidores al provincial de la provincia de Castilla que le viese y castigase aquel fraile en él contenido. Cometióse el negocio a letrados de la orden, los cuales lo vieron muy de espacio, y hallando al buen fraile Diego de Landa sin

culpa ninguna de las que le imponían, dijeron a los del Consejo que no solamente no había hecho mal en los castigos de aquellos idólatras, ni merecía pena por ello, pero que estaba obligado el rey a gratificarle lo mucho que tan bien había trabajado en servicio de Dios y suyo. Sabida esta verdad y vista su inocencia, llegó la nueva de la muerte del obispo de Yucatán, y luego fue él proveído para aquella iglesia. Gobernóla sanctamente por espacio de seis años, y aunque por defender y amparar los indios tuvo muchas contradicciones, sus mismos contrarios le lloraban cuando murió, diciendo que perdían un sancto obispo, tal nombre y loa dejó; por lo cual y por su dignidad se hace aquí dél esta memoria.

De fray Luis de Villalpando

También está enterrado en aquella capilla de Mérida fray Luis de Villalpando, predicador y letrado de la provincia de Santiago, y el primero que puso en arte la lengua de los naturales, con los cuales trabajó muchos años sin jamás cansarse de doctrinarlos y administrarles los santos sacramentos, y para poder hacer esto mejor y más libremente, dejó la predicación de los españoles, pareciéndole que haría más fruto entre los naturales, los cuales le amaban y querían y decían que tenía don de Dios para aprender su lengua, y alcanzar como alcanzó tan bien la pronunciación della.

De fray Francisco de la Torre

Está asimesmo enterrado en aquella capilla otro gran fraile predicador y letrado de la provincia del Andalucía llamado fray Francisco de la Torre, que fue provincial y comisario de Yucatán, el cual, habiendo aprendido muy bien la lengua de los naturales, la comunicó y enseñó a otros, con celo grandísimo que tenía de que todos se ocupasen en el ministerio espiritual de los indios, gente tan necesitada, y no pudiendo llevar en paciencia que la palabra de Dios se fiase de indios *nauatlatos*, que por la mayor parte son dados al vino y a mujeres, y así tenida en poco de la gente por ver que no conciertan sus obras con lo que les dicen. Deseaba tanto este siervo de Dios el espiritual aprovechamiento de los indios, que aunque vivía muy enfermo nunca dejó de trabajar con ellos hasta que murió; y dicese por cosa muy cierta que supo el día de su muerte, porque el mismo día que pasó desta vida dijo *misa*, y en acabándola de decir, mandó llevar de allí el ornamento (cosa muy nueva), dando a entender o diciendo que ya no diría otra.

[De fray Antonio de Tarazón]

Demás destes tres religiosos, está también enterrado en aquella capilla, un fraile lego llamado fray Antonio de Tarazón, de la provincia de Castilla, religioso muy caritativo, especial con los enfermos y necesitados, con los cuales y en los oficios de humildad, se ocupaba con un contento y alegría extraña, considerando el gran fructo que había de sacar de semejantes obras, sirviendo a Jesucristo en sus pobres enfermos. Fue allí en Mérida mucho tiempo ropero, refitolero, hortelano y enfermero, y hacía todos estos oficios con tanto cuidado, diligencia y caridad, que en ninguno dellos hacía falta. Cavaba en la huerta, a su vejez, como si fuera mozo y estuviera en tierra fría, y cuando volvía a la enfermería (que era donde él más se ocupaba), llevaba siempre alguna fruta o hortaliza que repartir con los enfermos; y tal era su caridad, que nunca lo que él daba hizo mal a ninguno, aunque estuviese recién purgado. Vivió en la orden más de cincuenta años, y no moró en todo este tiempo más de en tres conventos; el uno fue el de San Francisco de Guadalajara de la provincia de Castilla, donde tomó el hábito, el otro el de la Puebla de los Ángeles, de la Nueva España, y el último el de Mérida de Yucatán, donde murió y está enterrado, como dicho es.

Moraban en el convento sobredicho de Mérida, cuando el padre comisario llegó allí, diez religiosos, y no los visitó entonces hasta después que hubo visitado los demás de la provincia; tiene aquel convento a cargo algunos pueblos de visita de indios mayas, y junto a la misma casa tiene también un barrio de mexicanos, llamado San Cristóbal, de los que vinieron con los españoles cuando la conquista, y para los unos y para los otros hay una ramada y capilla como en los demás conventos. En este barrio, no lejos del convento, están tres *kúes* o *mules* en que solían ofrecer antiguamente sacrificio a los ídolos, y agora hay puesta una cruz en cada uno; sin éstos hay otros pequeños, y en medio de la cibdad hay uno muy grande y alto, del cual han sacado casi toda la piedra con que se han hecho las casas del pueblo, y cada día van sacando, que todos estos *mules* son hechos de henchimiento a mano, y admira mucho considerar de dónde se pudo recoger tanta piedra, y que haya habido tanta gente en aquella provincia que bastase a hacer tantos cerros y labrar tantos edificios como en ella hay.